

Medellín: años ochenta

Freddy Guerrero Rodríguez¹

Un breve antecedente

Desde las décadas finales del siglo XIX la ciudad de Medellín se erigió como la manifestación más excelsa de una cultura paisa que conciliaba las fuerzas de las tradiciones con los desafíos de la modernidad. El villorrio fundado en el siglo XVII permaneció casi por dos siglos eclipsado por la soberbia Santa Fe de Antioquia, de raigambre más antigua y especialmente beneficiada por las economías coloniales soportadas en la minería. No obstante, desde mediados del siglo XIX, los procesos de apertura de la frontera agrícola antioqueña, el desborde de la montaña secular hacia el occidente, redundaron en la imposición de un nuevo circuito económico que progresivamente favoreció la centralización de la acumulación en ese enclave parro-

quial del valle del Aburrá que, en pocas décadas, fue adquiriendo dimensiones de ciudad auténtica.

Esta dinámica no sacrificó rancias tradiciones defendidas por unas élites que desde los orígenes republicanos enaltecieron la bondad de las tierras antioqueñas, que decidieron dignificarlas con el trabajo más que con la mera posesión, que insistieron en la ascendencia de las razas y la imperturbabilidad de los estamentos, que pese a todo celebraron el esfuerzo y la persistencia de cualquier vecino, que eran prolifas en creencias pero, sobre todo, que eran defensoras a ultranza de la fe católica. Toda esta cosmovi-

¹ Investigador independiente.



sión de la montaña, de la parroquia y de la ciudad naciente fue puesta en tránsito en multiplicidad de expresiones, en prosa y poesía, a la que siempre mostraron especiales apegos las gentes de la región².

La ciudad en expansión supuso de cualquier manera desafíos a estas tradiciones regionales, lo que la convirtió en objeto de recurrentes discursos moralizadores que conectaron con eficacia las más fervientes consideraciones religiosas con los más modernos dispositivos de intervención social. Las burguesías, especialmente las concentradas en torno a las industrias, cuales más las textiles, se dieron a la tarea de ejercer una filantropía netamente católica, decidida a beneficiar una clase obrera para que se mantuviera o erigiera como una clase ante todo cristiana. En este sentido, una tradición conservadora pudo reinstalarse en unos mecanismos modernos de organización de la existencia social, al punto que alcanzaron a crear fuertes lazos solidarios entre clases diferentes, entre empresarios y obreros³.

Sin embargo, al mismo tiempo, la sociedad urbana fue sensible a tendencias más seculares y abierta a alcances de cuño marcadamente liberal. Por ejemplo, a la par con las industrias, la ciudad de Medellín auspició el desarrollo de los primeros medios masivos de comunicación que con el tiempo alcanzaron carácter nacional, entre ellos, el diario *El Espectador* y la emisora *La Voz de Antioquia* de la cual surgirá posteriormente la Cadena Radial Colombiana CARACOL. Precisamente, la radio fue el medio que se encargó de di-

fundir en 1935 el accidente trágico que le costaría la vida a Carlos Gardel, todo un hito en la historia medellinense⁴.

Hacia la crisis de medio siglo

Al tiempo que la ciudad de Medellín se modernizaba tenía que soportar las consecuencias de la violencia rural que desde los años treinta empezó a azotar con especial crudeza a la región antioqueña. Algunas de las masacres más terribles de la violencia partidista tendrán nombre paisa, entre otras, las de Fredonia o Cañasgordas. La violencia rural y el atractivo mismo de la industrialización empujaron hacia la ciudad a miles de campesinos que, criados en el amor a la tierra, tuvieron que enfrentarse sin embargo a sortear los desajustes de la urbanización. Pero la propia ciudad de Medellín no fue ajena a la persecución partidista, toda vez que algunas barriadas, especialmente las más pobres, sintieron el acoso de cuadros intimidantes, como el de los Matías en el barrio Antioquia. Precisamente los recién venidos sin lugar fijo o los desarraigados

2 Adrián Serna Dimas. *Ciudadanos de la geografía tropical. Ficciones históricas de lo ciudadano*. Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Bogotá, 2006.

3 Cfr. Mauricio Archila. *Cultura e identidad obrera, Colombia 1910 – 1945*. Bogotá: CINEP, 1991, pág. 60-62. Alejandro Álvarez et al. *La ciudad como espacio educativo. Bogotá y Medellín en la primera mitad del siglo XX*. Bogotá: SOCOLPE y Arango Editores, 2002.

4 Carlos Uribe Celis. *La mentalidad del colombiano. Cultura y sociedad en el siglo XX*. Bogotá: Nueva América, 1992, pág. 68.





sin posibilidades de ocupación se convirtieron en gente de la barriada, embebida en una vida bohemia y desajustada en vuelta en aires de tango⁵.

En estos ambientes marginados, que conciliaron al “viejo arriero calavera” con la emulación del “mundo lunfardo”, surgieron las primeras expresiones sociales y culturales que articularon la necesidad y la carencia evidentes con la creencia persistente en la tradición, el emprendimiento y la innovación. Entre los años cuarenta y cincuenta estas barriadas empobrecidas, cada vez más visibles y afrentosas para una sociedad moralista, fueron revestidas como territorios de dudosa reputación y en algunos casos convertidas en zonas de tolerancia, lo que ciertamente las hizo más sensibles a la presencia de estructuras delincuenciales y criminales. En este sentido, sólo la fuerza de un estamentalismo cerrado, decidido a blindar a la ciudad desde adentro, puede explicar el modo como se fueron incorporando unos nichos sometidos a todas las necesidades y carencias pero surtidos con todo el imaginario regional antioqueño que alentaba la decisión por sobresalir⁶.

Los comienzos del narcotráfico

Los años cincuenta y sesenta trajeron el incremento de la urbanización, el aumento del desempleo y la profundización de la pobreza urbana, que se hicieron especialmente manifiestas en las barriadas pobres tanto de las zonas céntricas como del norte de la ciudad. En este sentido, la perseverancia de las creencias en la ciudad pujante considerada el polo industrial de la nación coincidió con un descreimiento en los valores sustanciales de la sociedad antioqueña, con una afirmación de nuevos valores o simplemente con el reacomodo de los valores tradicionales en beneficio de la ilegalidad. Lo primero se expresó, por ejemplo, en un movimiento ciertamente reducido pero de alta repercusión nacional, el nadaísmo, una apuesta surgida en los años cincuenta que algunos califican de contracultural, opuesta a los valores consuetudinarios de la sociedad colombiana y, por sobre todo, de la sociedad antioqueña. Lo segundo se expresó en una cierta sensibilidad hacia la militancia de izquierda, que en los años setenta tendrá el impulso de la teología de la liberación y más abiertamente de la ideología subversiva. Lo tercero se expresó en una delincuencia cada vez más organizada que será, precisamente,

5 Pilar Riaño Alcalá. Jóvenes, memoria y violencia en Medellín. Una antropología del recuerdo y el olvido. Editorial Universidad de Antioquia e Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá, 2006.

6 Riaño Alcalá, Op. Cit.



la puerta para el negocio del narcotráfico, que tenía un antecedente marginal en el grupo denominado *Medellín- Habana Connection* en el año 1958 que para la época tenía un laboratorio de droga en el sector de El Poblado⁷; pero este apenas sería un lánguido episodio que, marginal a la agenda política y de seguridad de la época, no revelaba la trascendencia del negocio del narcotráfico más allá de las delincuencias.

En los años setenta la situación social se hizo más turbia básicamente por la crisis industrial que afectó especialmente a las textileras antioqueñas. La regulación de los conflictos sociales y el tema de la seguridad se venían posicionando a través de la justicia con mano propia que justificaría en parte este proceder en la lógica de la autodefensa propiciada por la legislación del gobierno de Guillermo León Valencia en 1967 y articulándose en los barrios populares en dinámicas de seguridad y justicia practicada en las zonas rurales y aplicadas en el nuevo entorno⁸, dinámicas que no intenciones, para la década de los ochenta se adaptarían en el ámbito del narcotráfico a través de las milicias y el sicariato. En este panorama, que agudizó la crisis tanto de la ciudad como de la provincia próxima, se fueron consolidando barriadas cada vez más sometidas a la informalidad y, al mismo tiempo, cada vez más expuestas a la incidencia de formas organizadas de crimen y delincuencia incorporadas en el tráfico de marihuana y de cocaína hacia los Estados Unidos, siendo especialmente representativos Los Mejía y la reconocida

“reina de la coca”, Griselda Blanco⁹. Así, en medio de la cada vez más creciente migración de nacionales hacia el país del norte, en procura del rebusque necesario para subsistir, salieron también hombres y mujeres de la barriada que, como “mulas”, empezaron a conocer el negocio en las calles mismas de Miami y Nueva York. Algunos de ellos adquirieron ascendencia, especialmente involucrados en las guerras por la distribución que se suscitaban en estas ciudades desde mediados de los años setenta.

Para finales de la década estos hombres aventureros fueron regresando definitivamente al terruño lavando sus capitales por medio de diferentes inversiones, especialmente en la compra de tierras rurales, en la finca raíz urbana y en la ganadería. Sus fortunas, cada vez más ampulosas, ciertamente les abrieron las puertas a diferentes instancias económicas, sociales y políticas de la ciudad y el departamento. Los narcotraficantes empezaron a edificar unos modos de vida que fueron recibidos con cierta connivencia por las élites y, en general, por una sociedad

7 Cardona, Patricia. “Los narcotraficantes y su búsqueda de aceptación en la sociedad colombiana: la vía económica, la vía política, la vía violenta y la vía social.”. En revista Digital SINCRONIA, No 2. Universidad de Guadalajara. 2007.

8 Jaramillo Arbeláez, Ana María; Ceballos Melguizo, Ramiro; Villa Martínez, Marta Ines. En la Encrucijada. Conflicto y Cultura Política en el Medellín de los noventa. Corporación Región, Programa para la Reinserción, Alcaldía de Medellín. Medellín, 1998.

9 Riaño Alcalá, op. cit.



urbana que no dimensionaba aún la complejidad del accionar mafioso. El sector del Poblado de Medellín, otrora lugar para el veraniego de las elites de Medellín, pronto se convirtió en los ochentas en un lugar con alto crecimiento urbano y centro de residencia de algunos narcotraficantes que encontrarían allí satisfecha su inclusión espacial y simbólica en un mundo utópico y anhelado desde el arrabal. No obstante, los narcotraficantes empezaron a sentir la presión de las autoridades norteamericanas que estaban a decididas a combatir un negocio que, consideraban, tenía claros apoyos entre diferentes estamentos o sectores colombianos. En este contexto, los Estados Unidos conminaron al gobierno de Turbay Ayala a emprender o intensificar la guerra contra los narcóticos, lo que incluyó la firma de un tratado de extradición de nacionales.

La aparición del Cartel

A comienzos de los años ochenta empezaron a suceder situaciones que transformarían radicalmente el ambiente del narcotráfico en la ciudad. Por un lado, el confuso ambiente social favoreció la ampliación de milicias insurgentes que, cada vez con mayor capacidad bélica, empezaron a amenazar la acumulación mafiosa en la urbe. Por otro lado, el efecto de la creciente presión norteamericana fue incidiendo en medidas policivas y judiciales contra el negocio y sus patrones, lo que llevó a los narcotraficantes a robustecer estructuras sicariales decididas no sólo a los servicios habituales de la

Fue entonces cuando los narcotraficantes empezaron a cultivar un especial reconocimiento entre las clases populares, que no sólo los veían como hombres surgidos de la nada con mucho esfuerzo, sino sensibles a resolver problemas sociales...

mafia sino ante todo dispuestas a atentar contra las instituciones del Estado. Finalmente, los narcotraficantes, concientes de la incertidumbre social y de la presión de las autoridades, empezaron a escalar posiciones políticas con claras pretensiones de injerir en la política regional y nacional.

Precisamente, a comienzos de los años ochenta, los narcotraficantes de Medellín empezaron a mostrar su faceta de filántropos y de convencidos políticos emprendiendo obras sociales de gran magnitud, como el programa "Medellín sin Tugurios", e incursionando en movimientos políticos, especialmente dentro del liberalismo. Fue entonces cuando los narcotraficantes empezaron a cultivar un especial reconocimiento entre las clases populares, que no sólo los veían como hombres surgidos de la nada con mucho esfuerzo, sino sensibles a resolver problemas sociales que parecían ajenos para los políticos y administraciones de lo público. Esto sin contar que aún entre las gentes pudientes los narcotraficantes no dejaron de suscitar alabanzas, en especial por la declarada lucha contra el secuestro suscitada tras el plagio de Martha Nieves Ochoa por parte



del M-19. Paradójicamente las garantías de representación a través de un populismo de alcance regional y la garantías de seguridad que respondían a diferentes sectores sociales serían aportados por el narcotráfico que, prontamente, invertirían la relación para convertir sus vínculos sociales en retaguardia de la persecución y los actos de terror y la cooptación de partidos y organismos institucionales en una constante amenaza a la seguridad del Estado y de su estabilidad política, así como la vulneración de los derechos ciudadanos tanto por uno como por otro actor enfrentado.

Los esfuerzos de los narcotraficantes paisas por lavar su imagen, pronto empezaron a soportar la presión de un enemigo particular: las denuncias de diferentes estamentos, particularmente del Ministro de Justicia Rodrigo Lara Bonilla y de algunos periodistas, quienes los acusaron de sostener un negocio que estaba infiltrando con delito el conjunto de las instituciones colombianas. Las denuncias de Lara Bonilla pronto acabaron con las expectativas políticas de los narcotraficantes, particularmente de Pablo Escobar Gaviria. Adicionalmente, la presión norteamericana y el esfuerzo de algunas cuantas autoridades nacionales, empezaron a golpear de manera contundente las estructuras de procesamiento cada vez más instaladas en el territorio colombiano.

En este panorama, los narcotraficantes asesinaron al Ministro de Justicia, lo que inmediatamente supuso una declaratoria de guerra abierta del Estado contra la mafia. Obviamente, todas las miradas



apuntaron directamente a Medellín: por un lado, porque las acusaciones del Ministro estuvieron dirigidas concretamente sobre Pablo Escobar Gaviria; por otro lado, porque los sicarios que cometieron el magnicidio, uno de ellos sobreviviente, era prácticamente un adolescente sacado de las barriadas pobres de la capital paisa, hecho que causó especial conmoción entre la opinión pública.

Los años venideros serán los más traumáticos para la capital antioqueña en toda su historia. Por un lado, una guerra del Estado contra una banda narcotraficante convertida en cartel. Por otro lado, una guerra interna entre carteles, el de Cali y Medellín. Finalmente, una guerra entre el cartel de Medellín y sus viejos aliados, los paramilitares del Magdalena Medio montados desde comienzos de los años ochenta por Gonzalo Rodríguez Gacha. Tres guerras en una sola ciudad, trajo consigo terrorismo indiscriminado, sicariato amplificado y combates cotidianos. “Metrallín” o “Metrallo” se le llamaría entonces a la otrora capital de la eterna pri-



mavera, convertida por esta guerra en la ciudad más peligrosa del mundo. Según el Departamento de Estudios Criminológicos e identificación, el número de muertes violentas en el año de 1981 fue de 1.627, cifra que siguió un incremento en los años siguientes hasta alcanzar su pico más alto en el año 1991, 10 años después, con un número de 7.376 muertes violentas¹⁰.

En el curso de estas guerras, que tuvo su momento más álgido entre los años 1987 y 1993, se fue haciendo visible la magnitud del fenómeno narcotraficante: la inmensidad de las fortunas amasadas por los dueños del negocio en los barrios altos de la ciudad pero, también, la impresionante miseria que habían aprovechado para convertir las barriadas pobres en

territorios sometidos a bandas sicariales. Precisamente esta barriada trágica fue la que salió a la luz a través del cine (*Rodrigo D. No futuro*), de la investigación testimonial (*No nacimos pa' semilla*) o de la literatura (*La virgen de los sicarios*). Estos documentos efectivamente mostraron al Medellín profundo de los años ochenta, una Medellín que dejó no sólo una experiencia trágica como lección orientada para no repetirse, sino por el contrario, experiencia que ha refinado el actuar de los herederos de la Medellín violenta de los ochenta y cuyo modelo será replicado, con sus variantes, en otras ciudades del país, sin que las condiciones que le hicieron posible tengan una resolución satisfactoria en los dos décadas precedentes.

✕

10 Jaramillo et al. Op cit. Pp 105.

